

Cantaro

Colección del **MIRADOR**

El reñidero

Electra

SERGIO DE CECCO - SÓFOCLES



Colección del **MIRADOR**

El reñidero
Electra

SERGIO DE CECCO - SÓFOCLES


Cantaro

Colección del
MIRADOR

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editora de la colección: Karina Echevarría

Secciones especiales: M. Elvira Burlando de Meyer y Sylvia M. Nogueira

Correctora: Cecilia Biagioli

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Diagramación: Claudia Deleau

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Imagen de tapa: Thinkstock

De Cecco, Sergio

El reñidero. Electra. - 2a ed. 3a reimp. - Boulogne: Cántaro, 2015.
176 p.; 19 x 14 cm - (Del Mirador; 227)

ISBN 978-950-753-316-7

1. Teatro Argentino.
CDD A862

© Editorial Puerto de Palos S.A., 2012

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-316-7

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Puertas de acceso

Electra y El reñidero

Ser humano es ser tiempo, es transcurrir, y ser consciente de ello. La conciencia humana, que distingue pasado, presente y futuro, organiza su experiencia de vida y su lengua sobre ese criterio, unido al de las personas gramaticales (primera, segunda, tercera). Esa conciencia de la temporalidad, de la fugacidad del hombre, nos permite distinguirnos en otra tríada: dios-hombre-bestia. Los seres divinos son eternos (su falta de límite temporal se equipara con su poder infinito y su ubicuidad, su ser omnipresentes). Los animales no son conscientes de su temporalidad. El hombre organiza ritos sociales alrededor de sus límites temporales, del nacimiento y de la muerte.

El reconocimiento de los límites humanos coexiste con el afán de trascendencia, con el deseo de eternidad. Hasta tal punto esto es así que la conciencia occidental, más precisamente, la griega que nos funda, imaginó una diosa que intenta seducir a un hombre con la eternidad: Calipso desafía el orden del mundo al ofrecerle a Odiseo no envejecer jamás. Ni Zeus se lo permite,

ni por ello deja Odiseo de desear volver a su tierra, a su reino humano, ni a su mujer mortal. El ser humano no ha renegado de serlo.

La reafirmación de nuestra humanidad no implica una deposición del deseo de la trascendencia, del ansia de superar nuestra limitación temporal. Pero el hombre busca una manera humana de superar la muerte, la desaparición. Por un lado, se prolonga nuestra carne en los hijos. Por el otro, el ser humano hace supervivir su espíritu a través de la tradición.

La literatura intenta superar los límites humanos del tiempo y el espacio. *Electra* y *El Reñidero*. Un joven Orestes de allá lejos, de entonces (de Grecia, hace más de 3000 años) reaparece en el barrio de Palermo, en Buenos Aires, en 1905. Una lectura que pueda desplazarse desde el allá y entonces hasta su acá y ahora, reconociendo identidades y diferencias construye la tradición y la novedad que no puede distinguirse sino gracias a esa construcción.

Electra, de Sófocles

La tragedia griega alcanza en el siglo V a.C. una estructura que los mismos griegos de entonces canonizaban. Esquilo, Sófocles y Eurípides eran ensalzados por otros escritores, el Estado y la ciudadanía.

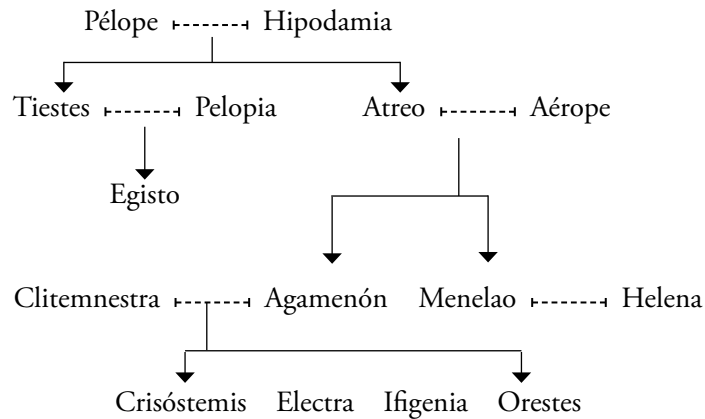
La estructura de la tragedia griega puede ser considerada desde dos puntos de vista: la estructura del texto dramático en sí (el escrito, que en el siglo V a.C. no se producía para un lector) y la del texto espectacular (el que se ve y se escucha sobre el escenario) de aquel siglo en la relación que la tragedia estableció con sus primeros espectadores.

La tragedia griega presenta familias en conflicto por generaciones, porque con la sangre se hereda un destino, una maldición o una responsabilidad. Desde esta perspectiva, la sociedad es presentada no en un equilibrio estático, sino en una situación límite, en un proceso de continua construcción y ajuste de la relación entre los individuos y las instituciones de su cultura. En esa situación límite, la tensión se da entre la flexibilidad que debe permitir la sociedad y la rigidez que debe imponer a los individuos para sobrevivir, sostenerse. Esta tensión se construye sobre la base de un sistema de polaridades, de oposiciones dicotómicas que en su lucha ponen en riesgo la seguridad del hombre fundada en el orden social: la inversión de roles sexuales, la alteración de relaciones familiares, la perversión de los ritos, la ambigüedad del uso de la lengua (que, en vez de comunicar, engaña) convergen en una inestabilidad.

A continuación, se presenta la historia que el texto de *Electra* supone conocida por su destinatario.

La historia de la familia Pelópida o Átrida

La estructura de la tragedia griega



El cuadro genealógico anterior presenta con líneas punteadas horizontales las parejas hombre-mujer de la familia de Electra. Las flechas verticales indican los hijos de esas uniones.

Hipodamia es una joven bellísima, cuyo padre no permite que se case. Pélope, uno de los muchos pretendientes de Hipodamia, logra ganársela en una competencia de carros gracias a las trampas de un cochero, Mirtilo. Pélope se lleva a Hipodamia y después de un tiempo mata al cochero de quien cree que intenta seducir a la joven. Hermes, padre de Mirtilo, cumple con la última voluntad de su hijo: que la descendencia de Pélope sea maldita.

Pélope engendra en Hipodamia dos hijos, Atreo y Tiestes, y en la ninfa Axíoque concibe a Crisipo. Cuando Atreo y Tiestes

crecen, por pedido de su madre, asesinan a Crisipo. Pélope los maldice y destierra. Los jóvenes se refugian en Micenas, donde reina un rey sin descendencia. Siguiendo un mandato de los dioses, los habitantes de Micenas convocan a los hijos de Pélope para elegir un heredero al trono. Esta convocatoria desata la rivalidad de los hermanos. Atreo tiene un vellocino (una piel de oveja) de oro. Tiestes seduce a la esposa de Atreo, Aérope, quien entrega el vellocino a su cuñado-amante. Por esto, frente a los micénicos, Tiestes propone que sea rey el que posea un vellocino de oro. Atreo, aconsejado por Zeus a través de Hermes, convence a Tiestes de considerarse verdaderamente rey si el sol repite una vez más su recorrido habitual (de este a oeste). Si el sol invierte su curso, Tiestes deberá admitir que el rey sea Atreo. En cuanto el confiado Tiestes acepta la propuesta, el sol se pone por el este. Confirmado como rey, Atreo finge perdonar a su hermano la traición cometida con Aérope. Lo invita a un banquete. Mientras tanto, Atreo mata a tres hijos de Tiestes, los despedaza y prepara como manjar para servirle a su hermano. Una vez que Tiestes ya ha comido, Atreo le muestra las cabezas de los niños y lo destierra. Tiestes, por consejo de los dioses, fecunda a una de sus hijas, Pelopia, y así engendra a Egisto. Pelopia no sabe quién es el padre de su hijo y poco tiempo después se casa con su tío Atreo, quien cría a Egisto. Egisto crece y Atreo le encomienda el asesinato de Tiestes. El joven sale de Micenas en búsqueda de su víctima, pero se entera de que Tiestes es su verdadero padre. Vuelve al reino de Atreo, lo mata y devuelve el trono a Tiestes.

Atreo concibe en Aérope a Agamenón y Menelao, los héroes que encabezan la guerra griega que destruye a Troya. La leyenda cuenta que el motivo de esta guerra ha sido Helena, la mujer más hermosa del mundo, envidia de la misma Afrodita y esposa de Menelao, de quien la rapta el troyano Paris, guiado por

la diosa del Amor. Agamenón está casado con la hermana de Helena, Clitemnestra. Pero la ha forzado a ello, lo ha logrado a través de un crimen: Clitemnestra estaba casada con Tántalo, hijo de Tiestes; Tántalo y Clitemnestra ya tenían incluso un niño; Agamenón mata a padre e hijo y consigue de los hermanos de Clitemnestra una reconciliación que le permite el matrimonio, pero no repara el odio que la joven le profesa. De los hijos de la nueva pareja, los poetas trágicos griegos destacan a Ifigenia, Electra, Crisóstemis y Orestes.

En un momento de la guerra de Troya, los barcos griegos no pueden avanzar hacia Asia Menor por falta de vientos, hasta que descubren que la diosa cazadora Ártemis es quien en realidad se les opone. Ella exige un sacrificio humano. El motivo varía según las leyendas: la causa del cruel pedido podría ser que Agamenón se ha jactado de cazar una cierva mejor que la diosa, o que Atreo no le ha sacrificado a la hermana de Apolo el vellocino de oro o que Agamenón le ha ofrecido a la diosa el producto más bello del año en que nació Ifigenia. Es a esta precisamente a quien solicita la diosa. Agamenón accede y se profundiza el rencor de Clitemnestra, sometida por segunda vez a la pérdida de un hijo por las manos de Agamenón.

Mientras Agamenón está en Troya, Egisto y Clitemnestra se aman, unidos especialmente por un odio común a Agamenón. Cuando este vuelve de Troya y trae consigo a Casandra, troyana sometida a él por el triunfo guerrero, Egisto y Clitemnestra lo asesinan. Electra teme por la vida de Orestes, hijo varón de Agamenón y, por lo tanto, heredero legítimo al trono. Lo envía entonces en secreto a Estrofo, rey de Fócida, con un preceptor de confianza. En Fócida se cría Orestes en íntima y sincera amistad con el hijo de Estrofo, Pílates. Cuando es adulto, Apolo le ordena vengar la muerte de su padre.

Electra

SÓFOCLES

Traducción de
Agustín Blánquez

PERSONAJES

CLITEMNESTRA

ELECTRA

CRISÓSTEMIS

ORESTES

PRECEPTOR

PÍLADES

DONCELLA

CRIADOS

CORO

EGISTO

ACCIÓN

La acción se desarrolla en Micenas, ante el palacio de los Pelópidas, en el Ágora, decorada con numerosos altares. Es la hora del amanecer. Como se hallan en la Acrópolis, desde allí se divisan la llanura de la Argólida, el templo de Apolo y el de Hera. Entran por la izquierda el PRECEPTOR, ORESTES y PÍLADES.

PRECEPTOR. ¡Oh, hijo de Agamenón, el que tiempo atrás fue generalísimo en Troya! Hoy puedes contemplar ante ti esos lugares famosos que tantas veces anhelabas volver a ver. Ahí tienes la antigua Argos, tan añorada, mansión sagrada de la hija de Ínaco, perseguida por el tábano¹. Esta es, Orestes, la plaza Licia, la del dios matador de lobos², a tu izquierda tienes el célebre templo de Hera; el lugar a donde hemos llegado no puedes dudar que es Micenas, rica en oro; y de frente tienes el palacio, fecundo en desgracias, de los Pelópidas. En él fue donde, después del asesinato de tu padre, te recibí de

¹ Ío era una doncella de la estirpe de Argos. Su padre, Ínaco, era a su vez hijo del Océano. Fue amada por Zeus (dios máximo del Olimpo), cuya celosa esposa, Hera, le mandó en venganza un tábano que enloqueció a la joven, condenada a vagar por el mundo convertida en vaca. El mar Jónico debe su nombre a ella, así como el Bósforo (“paso de la vaca”).

² El dios Apolo Lukeios era asociado con los lobos. Δύκος significa “lobo” en griego.

manos de la que lleva tu misma sangre, de tu hermana; me hice cargo de ti y te salvé, y te he criado hasta la vigorosa edad a que has llegado para ser el vengador de la muerte de tu padre. Ahora, pues, Orestes, y tú, Pílates, el más leal de los amigos, hemos de decidir lo que vamos a hacer y cuanto antes. Ya el resplandor luminoso del Sol hace que se oigan los trinos de los pájaros, y se ha desvanecido la noche juntamente con la oscura claridad de las estrellas. Antes, pues, de que salga nadie del palacio, pongámonos de acuerdo; estamos en un momento en el que no debe haber lugar a indecisiones: es el instante preciso de la acción.

ORESTES. ¡Oh, tú, el más querido de los servidores! Bien demuestras tus sentimientos generosos para conmigo. Pues así como un caballo de raza, hasta cuando es viejo, no pierde nunca el brío en los peligros, sino que se mantiene erguido con las orejas tiesas, así tú nos das alientos con tus palabras y eres el primero en marchar con nosotros. Te confiaré, pues, mis planes; por tu parte, óyeme atento lo que voy a decir, y si en algo no voy acertado, indícame el mejor camino. Cuando fui a consultar el oráculo pítico, para saber de qué modo tomaría venganza de los asesinos de mi padre, Febo me dio la contestación que vais a oír: “Solo, sin armas, sin soldados, astutamente, por sorpresa, perpetra con tu propia mano las justas muertes”³. Ya que tal fue el oráculo que oí, entrarás tú primero en el palacio, cuando la ocasión te lo permita; te enterarás de cuanto en él ocurre, de modo que puedas informarme exactamente: no hay miedo

³ Apolo, hijo de Zeus, dio muerte a flechazos al monstruo Pitón, que era una serpiente o dragón engendrado de la podredumbre de la Tierra en Delfos y exterminador de animales y seres humanos. Por esta razón, se lo honró con el nombre de Apolo Pitio. En Delfos se apoderó del oráculo de Temis y se erigió como único soberano.

de que puedan reconocerte tras tan larga ausencia, encanecido como estás por los años; ni siquiera sospecharán quién eres. Les dirás que eres un extranjero que llega de Fócida⁴, de parte de Fanoteo, uno de sus mejores aliados. Les anuncias luego, y esto hazlo con juramento, que Orestes ha muerto en un accidente casual en los certámenes píticos⁵, despedido del pescante de su carroza. Tal debe ser el fondo de tu relato, que adornarás con toda clase de detalles. Nosotros, por nuestra parte, tal como lo prescribió el dios, derramaremos ante todo sobre la tumba de mi padre libaciones⁶, y colocaremos los mechones de cabellos que nos cortaremos, y volveremos aquí trayendo en las manos la urna de bronce, que sabes dejé escondida entre unas matas. De este modo los engañaremos con la noticia, para ellos agradable, de que mi cuerpo no existe, que ha sido quemado y reducido a cenizas. ¿Qué cuidado me da a mí pasar por muerto, si en realidad estoy vivo y me revisto de gloria? A mi parecer, no hay palabra de mal agüero si trae provecho. He visto muchas veces que aun los sabios se hacían pasar por muertos, y luego, al volver a sus hogares, disfrutaron de gloria más cumplida. Así tengo confianza en que yo también, gracias a esta falsa noticia, apareceré pronto radiante como un astro a los ojos de mis enemigos. ¡Ea, tierra patria, dioses de mi país, acogedme propicios y dad a mi retorno un éxito feliz; haz tú lo mismo, palacio de mis padres, pues enviado por los dioses vengo en

⁴ Fócida era una zona en Asia Menor sobre las costas del mar Egeo.

⁵ Los certámenes píticos eran competencias deportivas que recordaban la hazaña de Apolo de matar al dragón Pitón.

⁶ La libación era parte del rito fúnebre de antiguos griegos y romanos. Consistía en llenar unos vasos rituales especiales con vino, leche y miel, y derramar ese contenido sobre la tierra para los muertos.

nombre de la justicia a purificarte! ¡No permitáis que salga deshonrado de este país; por el contrario, haced que pueda recobrar mi antigua riqueza y ser el restaurador de mi Casa! He aquí lo que tenía que decir; ahora, anciano, ve, ocúpate en lo que a ti te toca hacer; nosotros dos nos iremos. Acecha el momento propicio que es para todos los hombres el supremo maestro de todos tus actos.

ELECTRA (*En el interior del palacio*). ¡Ay de mí! ¡Qué infortunada soy!

PRECEPTOR. Me parece haber oído a una sirvienta que se lamenta detrás de esas puertas, hijo mío.

ORESTES. ¿Será la desgraciada Electra? ¿Quieres que nos quedemos aquí y escucharemos de qué se lamenta?

PRECEPTOR. De ningún modo; lo primero es dedicar todos nuestros esfuerzos a cumplir las órdenes de Loxias⁷, y por tanto tenemos que empezar por ir a ofrecer las libaciones en honor de tu padre, pues esto ha de ser lo que va a poner en nuestras manos la victoria y asegurará el éxito de nuestra empresa.

(*Salen los tres. Entra ELECTRA*).

ELECTRA. ¡Luz sagrada, aire que envuelves la Tierra, cuántas veces me habéis oído doloridos cantos y escuchado los golpes que he descargado sobre mi pecho angustiado así que se desvanece la noche oscura! Mientras esta dura, el lecho odioso que ocupo en este palacio odiado sabe cómo me lamento por la suerte de mi desgraciado padre, a quien el sangriento

⁷ “Loxias”, como Lukeios, era otro nombre que recibía Apolo, en este caso, por la oscuridad de los mensajes.

Ares no albergó en país bárbaro⁸, pero a quien mi madre y su adúltero galán, Egisto, abrieron la cabeza con el hacha, cual los leñadores hacen con el roble. Y ninguna otra mujer en el palacio gime y deplora este crimen, que te hizo sucumbir a ti, padre mío, de un modo tan inicuo y tan deplorable.

Y no cesaré en mis lamentos y en mis amargas quejas, en tanto vea los rayos luminosos de las estrellas y esta claridad del día; no cesaré, cual ruseñor que perdió a sus hijuelos, de lanzar gemidos ante la puerta del palacio paterno, como un eco que todos escuchen: ¡Morada de Hades y de Perséfone⁹, Hermes infernal¹⁰, maldición soberana, y vosotras, augustas hijas de los dioses, Erinias, que veis a los criminales asesinos de aquellos a quienes usurparon el lecho, venid, socorredme, vengad la muerte de mi padre y enviadme a mi hermano, pues sola no puedo ya aguantar el peso de esta angustia que me anonada¹¹!

(*Durante las últimas palabras de ELECTRA, el CORO, compuesto de quince mujeres, entra en la escena*).

CORO. ¡Oh, Electra, hija de una funesta madre! ¿Por qué, incansable, lanzas tus lamentos incesantes por la suerte de aquel Agamenón que, tiempo ha, preso en los ardides de tu pérfida

⁸ Ares, el Marte de los romanos, era el dios de la guerra, que gozaba de la matanza y la sangre.

⁹ Hades era el dios y rey del mundo de los muertos. Había raptado a su sobrina, Perséfone, a quien convirtió en su esposa.

¹⁰ Hermes, el dios mensajero, era considerado el intérprete de la voluntad de los dioses.

¹¹ Las Erinias eran divinidades infernales encargadas de castigar a los parricidas y, en general, a todo aquel que atentara contra el orden social. Eran negras, con la cabellera erizada de serpientes y armadas de antorchas encendidas y de látigos. Tomaban asiento a la puerta de la casa del culpable, a quien acompañaban hasta el infierno, donde continuaban su misión vengadora.

madre, fue asesinado traidoramente por la mano de un cobarde! ¡Que ojalá perezca el autor de ese crimen, si me está permitido formular este voto!

ELECTRA. Hijas de nobles padres, que habéis venido a consolarme en mi dolor. Lo sé, lo comprendo y lo veo; sin embargo, no quiero dejar de llorar a mi desgraciado padre. Por tanto, vosotras que me demostráis vuestra amistad con tantas pruebas, dejadme, ¡ay!, os lo ruego, que me entregue al desvarío de mi pesar.

CORO. Pero nunca del Hades, laguna que a todos nos espera, harás salir a tu padre ni con sollozos ni con plegarias. Excediéndote más allá de lo debido, para entregarte a un dolor irremediable, te vas consumiendo en lamentaciones interminables en las que no encuentras ningún alivio a tus males. ¿Por qué deseas sufrir?

ELECTRA. ¡Insensato es el que olvida la muerte lastimosa de sus padres! A mí, en cambio, me alivia el alma la dolorida avecilla, mensajera de Zeus, que canta siempre triste a Itis y siempre llora a Itis¹².
Infortunada Níobe, a ti te reconozco por diosa verdadera, ya que en la piedra que te sirve de tumba, ¡ay!, lloras perpetuamente¹³.

CORO. No eres tú, hija mía, la única entre los mortales para quien el dolor apareció; tú te exasperas más que todos los

¹² Itis era hijo de Teseo, héroe que atacó y deshonró a Filomela, hermana de su esposa Progne. Las hermanas se vengaron de Teseo sirviéndole para comer partes del cuerpo de su hijo Itis, al que habían asesinado con este propósito. Filomela fue convertida en ruiseñor.

¹³ Níobe, madre orgullosa de sus muchos hijos, declaró una vez que era por ello superior a Leto, madre de Apolo y Artemisa. Estos vengaron a la madre ofendida matando a los hijos de Níobe, que se transformó en roca por el dolor padecido.

restantes del palacio con quienes tienes paridad de origen y comunidad de sangre; ve cómo viven Crisóstemis e Ifianasa, y el propio Orestes, feliz en su juventud, al abrigo de sufrimientos, al que la tierra ilustre de Micenas, suelo de apátridas, acogerá algún día, noble entre todos, cuando venga a esta tierra bajo la protección benévola de Zeus.

ELECTRA. A él es a quien sin descanso espero, sin hijos, infortunada, sin esposo, siempre errante, bañada en lágrimas, sumida en un cúmulo de infinitos males, y él se olvida de mis sufrimientos y de mis mensajes. ¿Cuántas noticias, en efecto, no he recibido, desmentidas todas por los hechos? ¡Que siempre añora volver, siempre anhelándolo, pero no se digna aparecer!

CORO. ¡Valor, hija mía! Todavía es poderoso en el cielo Zeus, que lo ve todo, que todo lo gobierna. Confíale tu doloroso deseo de venganza, y no exacerbes más de lo debido tu irritación contra los que odias, sin que por ello los eches en olvido. El Tiempo es un dios complaciente: en las riberas del Crisa, donde pastan los bueyes, el hijo de Agamenón no te olvida, ni tampoco el dios que reina en el Aqueronte¹⁴.

(*Apasionada*).

ELECTRA. Pero la mayor parte de mi vida ha transcurrido sin lograr mis esperanzas, y mis fuerzas se agotan; me consume la vida sin parientes, sin un amigo que me apoye. Cual extranjera que no tiene derechos, hago oficios de sirvienta en el palacio de mi padre, vestida con míseros trajes, como veis, y como de pie a la mesa en que falta el señor.

¹⁴ El Aqueronte era el río que debían cruzar las almas de los muertos para acceder al mundo subterráneo, donde los antiguos concebían el reino del Hades.

Índice

Puertas de acceso	5
<i>Electra</i> y <i>El reñidero</i>	7
<i>Electra</i> de Sófocles	9
La historia de la familia Pelópida o Átrida	10
La estructura de la tragedia griega	10
La historia de los Átridas en la tragedia griega	13
<i>El reñidero</i> de Sergio De Cecco	17
La estructura de la obra	20
La obra	29
<i>Electra</i> de Sófocles	29
<i>El reñidero</i> de Sergio De Cecco	89
Bibliografía	171